

LOS PASILLOS DE LA MEMORIA

Es el título de un texto que en 1996 publicamos en la revista de la Facultad cuando se cumplieron 20 años del golpe. El título hace referencia a la geografía de nuestros claustros y a las vicisitudes del acto de recordar. Cada 24 de marzo lo distribuimos entre estudiantes, docentes y no docentes. Hoy se cumple un aniversario importante de una de las páginas allí reseñadas, con lo cual compartimos dos pasajes y agregamos una breve viñeta:

“(…) a veinte años de la tragedia son demasiadas las heridas que permanecen abiertas. El secuestro y desaparición de Beatriz Perosio, presidenta de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires quien fue vista por última vez gravemente herida y abandonada a su suerte en un campo clandestino, ha sido un agravio imperdonable. Como también lo fueron la desaparición de varios centenares entre estudiantes, no docentes, docentes, psicólogos, psiquiatras, psicoanalistas, algunos de ellos secuestrados junto a sus pacientes en medio de una sesión. El desmantelamiento de los servicios de salud mental y el fisgoneo de las terapias grupales en los hospitales, junto a la crisis económica hicieron el resto. (...) En el plano académico, el gobierno de facto ordenó el cierre de las carreras de Psicología en varias universidades y la intervención de la UBA por Ottalagano en 1974, con su decano exorcista Sánchez Abelenda, llamado a evacuar de demonios las aulas de Independencia 3065. No sólo la psicología comunitaria y las prácticas sociales fueron erradicadas de la Facultad, sino que la caza de brujas alcanzó al propio psicoanálisis. Cuestionado teórica e ideológicamente, debió replegarse a seminarios y grupos extramuros.

Y fue allí, en los mismos pasillos y aulas donde campeaba el oscurantismo, en las instituciones, en la Asociación de Psicólogos, en los incipientes Colegios profesionales, en las catacumbas intelectuales, donde se debió gestar la resistencia. Las primeras mesas redondas cuestionadoras, las entrevistas con la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 1979, la revista Fort Da, las movilizaciones por la Ley de Ejercicio Profesional, fueron algunos jalones de esa travesía.”

Esta semana se cumplieron 40 años de la visita a la Argentina de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), acontecida en setiembre de 1979. Once meses atrás la habían secuestrado a Beatriz Perosio, Tato Pavlovsky había salvado milagrosamente su vida descolgándose por los techos cuando lo fueron a buscar a su consultorio, y ya circulaban los nombres de los casi dos centenares de estudiantes y profesionales de la salud mental que permanecían desaparecidos. La fecha coincidió con el campeonato mundial juvenil de fútbol, y José María Muñoz arengaba por la radio para que la gente fuera a repudiar a la OEA y a los familiares que hicieron una larga fila en su sede de Avenida de Mayo para presentar sus denuncias.

Eran tiempos difíciles. La dictadura se había fortalecido después de la escena del mundial 78 y muchos aconsejaban no exponerse ante los servicios de inteligencia, que permanecían peligrosamente activos.

En la Facultad se creó la Comisión de Psicología por los Derechos Humanos para reunir firmas de colegas y estudiantes y se organizó una mesa redonda. Participaron, entre otros, los profesores León Ostrov, Francisco González Cobrero, Eduardo Bregman, Rolando Karothy y Felipe García de Onrubia. Solicitamos una entrevista con la OEA y junto a Juan Carlos Mosca y Mili Pousa fuimos recibidos por Tom Farer y Edmundo Vargas Carreño a quienes presentamos

un dossier con los nombres de estudiantes desaparecidos y un informe sobre los estragos en salud mental, preparado por Hugo Vezzetti. La otra entrevista concedida por la CIDH fue a representantes de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Ambas reuniones fueron reseñadas por los representantes de OEA y figuran en las actas de aquella visita histórica.



Fue el principio del fin del período más negro de la historia argentina. Desde entonces, el paisaje se ha ensombrecido. En palabras de Ana Giacobbbe, el mar no es más el mar, es un enorme féretro. Los aviones son pájaros de muerte, y una multitud de tumbas NN albergan fantasmas irreconocibles.

Puede resultar curioso que se conmemore la entrada en esa noche y no la salida de ella. Es que, una vez conocida la vía de escape, lo que más angustia es el corazón del laberinto.

Hacia allí va dirigido el conjunto de la memoria.

Juan Jorge Michel Fariña